

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL EFECTO GÉNET

Admiro y envidio a los novelistas por entregas. Disfruté en mi infancia con los seriales radiofónicos, y en mi madurez con las series televisivas, porque tienen el sentido narrativo de la continuidad de la vida, que es tensión e imprevisibilidad. Nos mantienen en vilo, es decir, en vuelo, estado normal y paradójico de una especie peatonal como la nuestra. Por eso, siempre he aspirado a escribir una saga filosófica, y gracias a ES estoy a punto de conseguirlo. En cada uno de mis artículos me

gustaría poner “Continuará”, y si no lo hago es porque –mientras mi director no cambie de idea– lo doy por sobreentendido. Todas las entregas de los seriales comenzaban con un resumen de lo publicado. En mi caso, sucede lo mismo. La semana pasada, les hablé del efecto Pigmalión, que hacía referencia al mito griego, a la obra de Bernard Shaw y a la peli *My fair lady*. La confianza en las personas fomenta la aparición de buenas personas. Hoy quiero hablar de su contrario, que voy a llamar el efecto Génét. Jean Génét, de cuyo nacimiento se celebra el centenario, es un personaje poco conocido en España. Es un escritor francés, homosexual, criminal condenado a cadena perpetua, pero amnistiado por el presidente de la república, del que Jean-Paul Sartre escribió una voluminosa biografía, titulada *Saint Génét. Comediante y mártir*, que irritó al protagonista. El concepto efecto Génét lo tomo de un suceso de su desdichada biografía.

Su madre lo abandonó cuando tenía un año, vivió en un hospicio y fue adoptado cuando tenía ocho años. A los diez, sus padres adoptivos le sorprendieron cogiendo dinero del cajón de la mesa de la cocina, y su veredicto fue tajante: “Eres un ladrón”. Según la interpretación de Sartre, el niño quedó marcado por esa palabra. No es que hubiera robado: se trataba de algo más grave. Era un ladrón. Los psicólogos hablan de la profecía que se cumple por el hecho de enunciarla. Los pedagogos recomendamos que al reprender a un niño no se utilice el verbo ser (eres un torpe, eres un niño malo, eres un mentiroso), sino verbos de acción (no te has esforzado lo suficiente, no te estás comportando bien, has mentado), porque el verbo ser puede convertirse en destino. Cuando un niño o un adulto afirm: “Soy como soy y no puedo cambiar”, está cerrando la puerta al crecimiento.

PADRES Y DOCENTES DEBEN PROPICIAR QUE TODOS LOS NIÑOS TENGAN ÉXITO EN ALGO Y MEREZCAN UN ELOGIO

Por todo lo dicho, resulta destructiva la desconfianza generalizada. Hay una frase bíblica que me parece conmovedora: “No romperás la caña tronchada, ni apagarás el pábilo humeante”. Es decir,

mantendrás viva la esperanza de una renovación. Una de las características de la Ilustración europea es la creencia en la perfectibilidad de la naturaleza humana. Una creencia, sin duda, optimista teniendo en cuenta la desalentadora exclusiva que tiene la especie humana de ser la única capaz de tropezar diez veces en la misma piedra. A pesar de ello, todos aspiramos a progresar, todos necesitamos sentirnos valiosos, y que los demás confíen en nosotros. Hay niños y adolescentes que nunca han recibido un elogio. Tal vez no lo hayan merecido, pero padres y docentes deben ingeniárselas para que todos los niños tengan éxito en algo y merezcan un elogio justo. Este es uno de las más claras demostraciones de talento pedagógico.

El comienzo de un año es una fecha apropiada para renovar la creencia en la perfectibilidad humana, incluida la de cada uno de nosotros. Por eso son días optimistas. ■



Raúl